

La gran Martínez

FINALISTA: Alberto Ramos Díaz



XX CERTAMEN
LITERARIO DE
RELATOS CORTOS
CAFÉ COMPÁS

No hay mayor dolor para una actriz que sentir que su público no la respeta, ni mayor tormento que oír el pateo durante una función, porque la dignidad de interpretar a un personaje está por encima de la voluntad del director... Así lo pensaba Gracia Martínez, la Gran Martínez, mientras esperaba entre bastidores que llegara su escena, pero decidida a hacer algo para terminar con aquella bronca que se había iniciado nada más levantarse el telón. Semanas antes del estreno ya se lo había advertido al productor, el montaje de la obra iba a ser un fracaso.

- Julián, que los dos conocemos como funciona el mundo del teatro y sabemos que cuando alguien paga por ver el Tenorio quiere ver el Tenorio...

- Lo sé -dijo el productor dejando el libreto sobre la mesa-. Pero esta vez no soy yo quien pone el dinero. Hay intereses políticos en apoyar la versión de un director joven, que dicen es un genio.

- ¿Genio? -repitió la Gran Martínez a modo de burla-. ¿Te parece de genio presentar a don Juan como un inmigrante venezolano que trabaja de agente comercial en una tienda de móviles? ¿Y a doña Inés como la becaria de un Call Center? Seamos serios. El público quiere al Tenorio de toda la vida, el galán embaucador capaz de incendiar el corazón de una novicia con sus versos.

- Pues esta vez ni siquiera habrá versos -replicó Julián-. Lo hará en prosa. Y todavía hay algo más que no te he dicho: el director no cuenta contigo para hacer la Inés.

- ¡Cómo! ¡Qué no cuenta conmigo! -la Gran Martínez bajó tanto el tono que sonó lastimero-. ¿Es que no sabe que llevo más de treinta años haciendo el personaje?

- Y por eso no te lo da -aclaró Julián-, porque llevas más de treinta años haciéndolo y dice que va siendo hora de poner a una doña Inés de diecisiete. Pero tranquila, que no te deja fuera del reparto, te ofrece el papel de Brígida.

- ¿Brígida? -se quejó la actriz-. ¿El ama que bien puede

pasar de los cincuenta?

- Los que tú tenías hace diez -sentenció el productor-. Dime, ¿firmas o lo dejas?

Gracia Martínez, la Gran Martínez, a pesar de las quejas y de creer que nunca habría una doña Inés como ella, firmó, que mejor era hacer de Brígida que no hacer nada. Pero firmó convencida del fracaso de aquel Tenorio, porque en cuanto los espectadores vieran a don Juan en vaqueros en vez de traje de época, en cuanto le oyeran discutir con don Luis Mejías por contratos de permanencia y megas en vez de por muertos en batallas y mujeres seducidas, se rebelarían en sus butacas. El Tenorio era mucho más que eso.

Y ahí estaba ella ahora, la noche de estreno, de pie entre bastidores, sin moverse desde que una voz anunciara que faltaban solo tres minutos para comenzar la representación, santiguándose de continuo y pidiéndole a Dios que todo saliera bien. Bajaron las luces, sonó música de Led Zeppelin y se levantó el telón dejando ver por el decorado que la primera escena no iba a desarrollarse en la Hostería del Laurel sino en una tienda minimalista de teléfonos móviles de la calle Sierpes. El público se miró preguntándose qué era aquello, aunque los primeros comentarios no llegaron hasta descubrir que los actores no hablaba en verso, sino en prosa, y que don Gonzalo de Ulloa y don Diego Tenorio, vestidos de Armani, no eran más que dos ejecutivos que pasaban por allí para preguntar por terminales de alta gama. La aparición de don Juan, diciendo con acento venezolano que iba a tomar el metro para llegarse a la casa de Ana Pantoja, porque así evitaba el tráfico de Sevilla, hizo que en la platea sonaran las primeras risas, risas que se convirtieron en carcajadas al asegurarse que iba a seducirla contándole las ventajas de la fibra óptica en el ADSL. La Gran Martínez se mordió el labio inferior.

«De seguir esto, lo siguiente será el pateo -pensó-. Es el montaje más absurdo que se ha hecho de un Tenorio, una



'José Zorrilla'. :: DANIEL CARRASCAL PLATERO

modernidad tan ridícula como si una mujer quisiera interpretar el papel de don Juan. Las versiones de los clásicos no admiten tanta extravagancia.

Sin descanso para la mofa del público, llegó el momento de pisar escena en su papel de Brígida. Tenía que hacerlo cuando doña Inés se quedaba sola, no en el Convento de la Virgen como rezaba el clásico sino en una de las dependencias del Call Center donde trabajaba como becaria, y entregarle, en vez del libro en el que don Juan había escondido una carta declarándole su amor, un teléfono móvil para que leyera un whatsapp.

- ¡Brígida! -exclamó doña Inés al verla entrar en esce-

na-, me ha parecido oír sonar mi móvil y no sé donde lo he dejado. Me parece que era un whatsapp. -La palabra whatsapp, que de nuevo hizo reír al público, era el pie que servía para que la Gran Martínez le diera el móvil diciendo que se lo había dejado junto a la máquina de café, y que lo leyera cuanto antes no fuera a ser de don Juan. Pero Brígida no hizo ni dijo nada.

- Brígida -insistió doña Inés pensando que no la había oído-, te he dicho que me parece que ha sonado mi móvil..., whatsapp. -Marcó el pie mirando a la Gran Martínez que continuaba en silencio y con los ojos cerrados dolida por las risas.

- Brígida..., ¡whatsapp! -re-

pitió por tercera vez doña Inés.

- No digáis tanto esa palabra extranjera ni digáis tanto mi nombre que vais a desgastarlo -dijo por fin la Gran Martínez-. Y no os preocupéis por el móvil, que lo tengo yo. Pero permitidme que también sea yo quien lea el mensaje -adelantó su posición hacia el proscenio hasta colocarse bajo un cañón de luz. La escena era suya. La oportunidad de reivindicar el Tenorio, también. «Doña Inés del alma mía...» -dijo templando la voz.

- ¿Doña Inés del alma mía? -repitió extrañada la becaria.

- Eso he dicho: Doña Inés del alma mía.

Luz de donde el sol la toma, hermosísima paloma

privada de libertad... Según se oyeron los primeros versos cesaron las risas del público. Desde platea a los palcos, desde los palcos a entre-suelo se iba pidiendo silencio.

- Si os dignáis por estas letras pasar vuestros lindos ojos, no los tornéis con enojos sin concluir, acabad... Los octosílabos fluían perfectos. La Gran Martínez, que conocía de sobra el texto por haberlo interpretado en cientos de ocasiones, disfrutaba de la sonoridad de las rimas sin marcarlas en exceso para hacerlas creíbles y emocionantes.

- ... Inés de mi alma, perpetuo imán de mi vida, perla sin concha escondida, entre las algas del mar...

Continuó recitando mientras que la Inés becaria, sin saber qué hacer, inició un mutis que no estaba en las acotaciones. En cuanto estuvo fuera de escena le preguntó a uno de los tramoyistas qué le sucedía a aquellos espectadores que antes se habían burlado de la obra y que ahora no decían nada. El tramoyista respondió que en todos los años que llevaba en el teatro nunca había oído a nadie burlarse del Tenorio cuando se hacía un Tenorio de verdad.

- Y si éste es el Tenorio de verdad, ¿qué Tenorio hacía yo? -preguntó doña Inés.

El tramoyista se encogió de hombros, a veces era mejor no responder a las preguntas. Se limitó a hacer una señal para que se callara y escuchara el final del texto.

- ... y si odias esa clausura, que ser tu sepulcro debe, manda, que a todo se atre-

ve por tu hermosura..., don Juan.

Y entonces se hizo el silencio. El silencio absoluto. Ni un ruido. Ni un comentario. Y de pronto, como si el público atendiera a una consigna premeditada, estalló la gran ovación. Seis veces tuvo que saludar la Gran Martínez, y por ella hubiera saludado otras seis más. En la última hizo un guiño al productor y luego se marchó a su camerino convencida de que muy pronto volvería a vestirse de novicia.